

Del carácter apasionado a la pasión auto tóxica

Nilda Neves¹

Resumen: A partir de las ideas de Freud (1928) sobre el tema de la pasión, este trabajo postula que el modo apasionado constituye el estado psíquico previo al desarrollo de un cuadro de alteración orgánica. El origen de estos cuadros se debe a un exceso de voluptuosidad no descargable en el terreno de las acciones específicas, ni procesable en términos de ligadura psíquica. El autor desarrolla los posibles resultados que se encuentran en estos procesos de estancamiento libidinal, como la pasión auto tóxica así llamada por Maldivsky (1992).

Palabras clave: Caracteropatías. Cuadros tóxicos. Desestimación. Desmentido. Psicósomática.

"[...] la droga, el juego, el otro amado apasionadamente permiten durante el tiempo del encuentro, huir del conflicto y creer realizable y realizada la loca esperanza de haber excluido, todo riesgo, toda posibilidad de sufrimiento psíquico"

Piera Aulagnier (1994)

El texto freudiano que alude con más detenimiento al tema de la pasión es el que dedica a Dostoievski (1928) para quien utiliza el término *carácter apasionado*. Freud define esta configuración de elementos psíquicos en torno a tres factores entre los cuales aparece como central la hipertrofia de los procesos afectivos. Los otros dos elementos corresponden a la disposición pulsional perversa que podía

¹ Psicóloga. Psicoanalista. Coordinadora de la Maestría en Problemas y Patologías del Desvalimiento. UCES.

conducirlo al sadomasoquismo, y el talento artístico que considera no analizable.

Como propio del carácter apasionado de Dostoievsky se destacan, por un lado, su sadismo en las pequeñas cosas y su masoquismo en las grandes y, por otro, la relación con el superyo en dos tiempos, primero transgresión y luego arrepentimiento. El juego parecía integrar parte de su carácter apasionado y su goce por perder se potenciaba con otro por quedar endeudado.

Freud sostiene que esta constelación de componentes psíquicos resulta difícil de conciliar para el yo y en consecuencia puede sobrevenir algo diferente del carácter apasionado, esto es, una epilepsia, posiblemente de etiología histérica, como forma de auto castigo por el deseo de muerte contra un padre amado-odiado.

Con referencia a la epilepsia, Freud en el mismo texto afirmaba “uno vislumbra la identidad del mecanismo de la descarga pulsional que estaría en su base. Este no puede encontrarse muy lejos de los procesos sexuales, que en el fondo son de causación tóxica” (1928, p. 178).

Siguiendo esta línea de pensamiento podríamos postular que la modalidad pasional constituye el estado psíquico previo al desarrollo de un cuadro con una alteración orgánica, la cual se origina en un exceso de voluptuosidad no descargable en el terreno de acciones específicas, ni procesable en términos de ligadura psíquica.

Respecto de este quantum afectivo, más allá de cuál es el tipo de pulsión en juego, lo que importa es que ésta se trasmuda en un afecto que multiplica su eficacia tensionante.

El afecto es un representante de la pulsión que en el caso del displacer promueve una nueva exigencia de trabajo tendiente a realizar las acciones específicas que cancelen la tensión en la fuente pulsional. Cuando los afectos son hiperintensos, arrasan las posibilidades de la conciencia de captar matices y se multiplican sin inhibición hasta culminar en catarsis. En este caso se sustituye el criterio de la acción específica por el más regresivo de la alteración interna vuelta patógena.

Esta característica de la pasión constituye el nexa que la acerca a los procesos que afectan al cuerpo, tales como los que aparecen en las manifestaciones psicósomáticas o epilépticas y también en las drogadicciones y las accidentofilias.

La diferencia entre la modalidad pasional y los cuadros tóxicos estriba en el carácter conciente que tienen en determinado momento los afectos pasionales; sin embargo esta distinción se pierde cuando el matiz, o tono afectivo, presente en el inicio del proceso, sucumbe por el desborde emocional que arrasa las posibilidades de registro diferenciado. La conciencia es arrasada y, con *ello*, la cualidad se transforma en pura cantidad que debe ser descargada catárticamente.

Lo que distingue los vínculos pasionales entre sí es cuál es la pulsión parcial en juego, cuál es el erotismo o los erotismos que se tramitan en ellos: el anal primario en la pasión justiciera, el oral primario en el afán por develar incógnitas abstractas gracias al otro, el oral secundario en la aspiración a ser uno con el objeto de amor.

Dentro de la constelación anímica estructurada en torno de la pasión, las relaciones interpersonales brindan el escenario propicio para intentar sustituir el trabajo psíquico propio mediante la incitación de un afecto hiperintenso en el otro con el cual se desarrolla una identificación inconsciente.

Esta estrategia ahorra el desarrollo de otros afectos displacenteros, sobre todo de la gama del sentimiento de inferioridad. Todo esto a costa de otorgarle predominio a una lógica: la descomplejización anímica y vincular, en que la violencia ocupa el lugar del pensar, de la creación de tiempos y espacios comunes y diferenciados y del despliegue de ciertas jerarquías y funciones inherentes a la vida individual y compartida.

La hipertrofia sensual se combina con la tendencia descomplejizante de la pulsión de muerte en producir un grado creciente de indiferenciación de los vínculos. Esta tendencia fusionante resulta antagónica con la exigencia de transformar la voluptuosidad que haría posible la creación de lazos tiernos. La imposibilidad de lograr esa transformación gracias a la inhibición de la meta sensual (FREUD, 1926) es el factor principal en el camino que conduce a la intoxicación y a la violencia.

El alto voltaje afectivo que acompaña la actividad manifiesta del vínculo apasionado se combina con la dependencia de un objeto, el que deberá sostener una ilusoria respuesta identificatoria.

En cada individuo un deseo es potenciado por un afecto displacentero, tal como, los celos, la humillación, el pánico o el dolor. Este deseo incluye un esfuerzo por trasponer estos afectos a una realidad mundana que despierte o potencie un sentimiento inverso. En esta potenciación del deseo por el afecto y el posterior esfuerzo trasmutador un yo accede a una identificación de salvataje, que garantiza y consolida el conjunto de actos psíquicos previos.

La identificación se da no sólo con la posición de humillado, dolorido, celoso y aterrado sino con el esfuerzo por sustraerse a ella mediante un conjunto de actos. La aparente actividad del apasionado constituye una fachada defensiva del yo frente a su posición pasiva ante la pulsión. Si la actividad como sujeto de la pulsión es cedida a otro, el yo apasionado tiene una acción psíquica posible, el desarrollo de afectos habitualmente masoquistas.

En todas las formas del apasionamiento, la defensa predominante es la desmentida, la que se dirige tanto contra la admisión de la castración como contra la

de la pérdida de un objeto. Mantener escindidos estos juicios traumatizantes exige revestir con un carácter ideal ciertos objetos o circunstancias, lo cual implica a la vez desmentir cualquier juicio que amenace con disminuir su valor o su prestigio.

Las relaciones pasionales con los objetos del mundo pueden tener un desenlace particular cuando sobreviene un derrumbe identificatorio. La caída de la idealización y las identificaciones da lugar a un estado que podríamos denominar desapasionamiento.

En el apasionamiento, la desmentida cumple su función de proteger el narcisismo amenazado desde la realidad y desde el superyo; en un momento posterior la defensa fracasa, y al desapasionamiento le sucede la inermidad del yo ante el sentimiento de inferioridad y de culpa y frente a una realidad insoportable.

Esta situación se puede dar por varias razones, una de ellas se vincula con la ruptura del apego fascinado a ese objeto especial, una segunda determinación surge cuando el superyo halla insuficiente el goce sádico alcanzado mediante la sumisión del yo y no le retribuye su reconocimiento. A estos dos factores se agrega el factor cuantitativo, cuando resulta imposible tramitar la exigencia de una voluptuosidad sin freno, allí suele sobrevenir un desenlace de tipo orgánico que puede ser una crisis epiléptica o una adicción al alcohol o a la ingesta de otras sustancias, entre ellas la comida.

En estos casos la desmentida es sustituida por otra defensa más radical, la desestimación. La instalación de la desestimación da lugar al predominio de un goce por retraerse y abandonar libidinalmente al yo que ha sido colocado en el lugar del objeto.

La tentativa de trasmudar el trauma padecido en actividad resulta infructuosa, porque el trauma retorna como pasaje del pánico hipocondríaco a la abulia y el sopor, junto con una envidia creciente hacia quienes supuestamente han logrado en la identificación anhelada, el reencuentro con sus auténticas fuentes vitales.

Uno de los desenlaces posibles de estos procesos descomplejizantes es la caracteropatía adictiva en la que resulta determinante una identificación con un objeto brutalmente decepcionante avalada por un superyo sádico.

El esfuerzo por suprimir el dolor y el pánico hipocondríaco se ve acompañado por la incorporación como sustituto degradado de una identificación fallida. La incorporación, que tiene como función inicial la de aportar un recurso vital adicional y otorgar un suplemento energético que devuelva el sentir, finalmente cambia de signo y se transmuta en factor adicional del arrasamiento de la tensión vital.

En este proceso puede ocurrir que no solamente se entregue un fragmento de libido narcisista como ocurre en la transformación del carácter en caracteropatía sino también una investidura de libido objetal del mundo. Dicha investidura

también recae sobre la ceremonia adictiva y posee el mismo valor ambivalente que antes caracterizó el enlace con el mundo.

El estancamiento libidinal que se produce junto con el creciente estado de parálisis en cuanto al procesamiento de las exigencias pulsionales da lugar a un desenlace particular al que Maldavsky (1992) denomina pasión auto tóxica.

Antonio

La vida cotidiana de Antonio se desarrolla en dos escenarios, la empresa para la que trabaja desde hace décadas, y el departamento en el que vive con la única compañía de la gata que le regalaron unos años atrás. No tiene pareja ni parientes cercanos. Tiene muy pocas relaciones sociales, con algunos amigos, casi todos ex compañeros de trabajo, a los que ve cuando no puede evitar acudir a las reuniones a las que lo invitan, y que con el correr de los años son cada vez menos frecuentes. Antonio quisiera no tener la obligación de asistir a estos encuentros pero no sabe como negarse. Se siente diferente, se compara con los otros que según sus palabras: *tienen una vida y el no tiene nada*. Todas las situaciones en las que debe interactuar socialmente son vividas como extenuantes, ya que se siente obligado a participar muy activamente en las conversaciones y siempre termina siendo el centro de las reuniones, con la sensación de haber hablado demasiado. Su agudo sentido del humor y su capacidad para sostener conversaciones brillantes sobre diversos temas, parecen ser muy apreciados por los amigos. Reconoce que la ironía le resulta una vía muy exitosa para expresar pensamientos y sentimientos, sobre todo hostiles, que de otro modo debe sofocar. Sin embargo con el correr del tiempo aumenta su temor a que las charlas den lugar a enfrentamientos que culminen finalmente en incidentes violentos.

- Es como si la rabia que me provocan con las idioteces que dicen se hiciera insoportable y estalla sin que me de cuenta. La vez pasada rompí un vaso por la fuerza con que lo apreté y me hice varios cortes, si no hubiera sido por la sorpresa de ver la sangre correr por mi mano creo que lo hubiera usado para atacar a alguien.

De esta manera el mundo se va reduciendo a la oficina y la casa. La comida es su principal solaz, aún en los períodos en que restringe la ingesta para cumplir con la dieta que debe seguir. Antonio es obeso, hipertenso y diabético.

Se siente permanentemente cansado y lo único que anhela es llegar a su casa, quitarse totalmente la ropa, comer y acostarse. Pasa el fin de semana y los feriados en cama, a veces viendo fútbol o películas en televisión y muchas otras haciendo zapping. En los períodos en que está más delgado recurre al hábito de la caminata, que le resulta muy útil durante la semana para acudir al lugar de trabajo; los fines

de semana dado que no se le ocurre a donde ir, sigue caminando por rutas establecidas, siempre las mismas, como si fueran andariveles trazados por la costumbre.

Los rasgos de carácter como modalidad de transmisión de los traumas

De sus progenitores, Antonio recuerda marcadas diferencias en cuanto a origen y cultura. El padre luego de una prolongada soltería vivida intensamente entre la noche y el juego, elige como esposa a una joven del interior con ascendencia indígena y la lleva a vivir a una casa lindante con la de sus hermanos. Muy pronto, entre las mujeres de ambos grupos familiares se establece una enemistad franca que da lugar a enfrentamientos de todo tipo, ante la mirada pasiva de los hombres, que no intervienen. La madre de Antonio es objeto de menosprecio y rechazo en los parientes políticos a la vez que inspira temor por ser considerada una bruja con peligrosos poderes.

Los tíos maternos van llegando del interior trayendo sus mitos y creencias. En las vivencias del niño se van delimitando dos espacios con características diferentes: en el paterno predomina el trato discriminatorio y hostil, hasta el padre resulta repudiado por sus hermanos; en el materno un clima ominoso dado por extrañas prácticas ligadas con el animismo y la magia. El niño asistía mudo y aterrizado a reuniones donde ocurrían hechos inexplicables. Nunca preguntó qué era lo que pasaba. Nunca preguntó nada, ni sobre ese tema ni sobre ningún otro de la historia familiar.

En los primeros años de infancia, dice haber sido vivaz y movedido; tiene algunos recuerdos muy tempranos asociados a un hermano de leche a quien martirizaba siempre que podía. Vinieron luego sus andanzas con una vecina de su edad, con quien corrían, trepaban a los árboles y jugaban todo el día libremente. Ella siempre llevaba las iniciativas. Se dejaron de ver cuando la familia de la niña se mudó de barrio. Tiene una imagen muy vívida del momento en que partían, ella llevando en brazos a su gato, mellizo del de Antonio.

El inicio de la escolaridad de Antonio queda asociado con una misteriosa enfermedad del padre que lo llevó a postrarse durante varios años.

El niño se acostumbró a hacer sus tareas escolares en la mesa donde comían o acostado en su cama, vecina a la del padre.

El reconocimiento de sus maestros procuró a Antonio becas para estudiar música e idiomas, posibilidades anheladas, que no pudo utilizar nunca por la angustia que le provocaba asistir a lugares nuevos e interactuar con gente desconocida. El hambre de conocimientos debió satisfacerse en forma autodidacta.

En ese tiempo la madre sostiene el hogar trabajando como empleada doméstica. Antonio esperaba su vuelta a casa sentado junto a su padre, en el umbral de

la puerta, viendo avanzar el anochecer en un estado de angustia creciente.

Finalmente, el padre se cura, tan misteriosamente cómo había enfermado. Sin embargo, las penurias económicas se suceden. El padre intenta ganarse la vida poniendo pequeños negocios que siempre fracasan, dejándolo más y más endeudado. Recuerda las discusiones continuas, la violencia en los enojos de la madre, alternados con su tristeza. Siempre como una sombra, agobiada, muda y suspirando.

El ámbito escolar supuso para Antonio un espacio dominado por el sentimiento de desarraigo, una suerte de extranjería con respecto al terreno familiar del vecindario escenario de sus correrías infantiles. Las ambiciones maternas lo llevan a asistir a una escuela de mejor nivel, lejos del barrio. Recuerda un permanente dolor de estómago que le impedía comer la merienda que su madre le había preparado, en la suposición de que el sacrificio hecho por los padres era en vano, ya que él no lo merecía, no lo podía retribuir siendo feliz.

La obesidad se inicia con el comienzo de la pubertad y con excepción del período en que adelgazó gracias a un tratamiento con anorexígenos, entre los 15 y los 18, vuelve a aparecer a poco de ingresar a la Universidad. El aumento de peso es tan importante que se va quedando sin tener ropa que ponerse y se recluye en la casa durante meses.

Antonio dice que él nunca tuvo dudas de que algún día iba a salir del encierro y para eso dedicaba todo el tiempo que podía a estudiar, mientras esperaba la salida providencial. Recuerda la intensa ansiedad que lo invadía a la hora en que el padre debía regresar de su trabajo sin poder dejar de fantasear una escena en la que alguien iba a irrumpir anunciando que su padre había muerto y que Antonio debe afeitarse, encontrar algo adecuado para vestirse y acudir al funeral.

Finalmente en un momento de angustia y furia frente a la presencia indiferente de la madre derriba un árbol a hachazos; la crisis le provoca manifestaciones cardíacas y los vecinos llaman a una guardia médica. Antonio dice que él sabía que si no se controlaba iba a terminar haciéndose daño, pero necesitaba que la madre levantara los ojos de lo que fingía estar haciendo. El diagnóstico médico determina que no hubo compromiso orgánico, pero Antonio no cree lo que le dicen los profesionales y se reinserta en el mundo con la convicción de padecer una grave enfermedad que lo condena a una muerte pronta.

Una compañera de colegio le consigue un buen trabajo, progresa económicamente, se compra un departamento, pero no vuelve a forjar planes para su futuro.

Treinta años después sigue trabajando en el mismo espacio laboral, ahora en quiebra. La empresa se ha degradado a una existencia fantasma, en las sombras y la ilegalidad. El otrora poderoso dueño ya no acude a la oficina y cuando lo hace se recluye en su despacho y no habla con nadie. Antonio permanece trabajando

casi sin cobrar sueldo, aferrado a la ilusión de que quedarse es la única forma de que algún día, si aparece un contrato milagroso, surja dinero y le paguen lo que le deben. Una amiga le consiguió un trabajo complementario al que asiste con renuencia y desgano. Se siente permanentemente mareado y con dolor de estómago, solo se calma al llegar a su casa y devorar lo que encuentra.

En un trabajo anterior sobre este mismo caso, analicé la coexistencia en el psiquismo del paciente de fragmentos psicopatológicos diversos que responden a distintas corrientes defensivas y a diferentes puntos de fijación. Describí la presencia de rasgos caracteropáticos histerofóbicos, coexistiendo con fijaciones pulsionales más tempranas, sobre todo al erotismo oral secundario y al intrasomático. Analicé además, elementos correspondientes al erotismo anal primario principalmente proyectados en los personajes del entorno. También tome en cuenta la fijación a un duelo patológico en el que el apego se articulaba con el odio hacia un padre fracasado y a una madre egoísta, carente de ternura.

Como es habitual cuando hay una fijación en el erotismo fálico uretral, el deseo de triunfar sobre el padre tiene un valor defensivo obturante de un proceso de duelo que hubiera podido introducir en el paciente la eficacia del valor simbólico de la palabra paterna.

En esta corriente psíquica los procesos defensivos actúan sobre los componentes eróticos y hostiles del complejo de Edipo y también sobre los correspondientes al complejo de castración y sus derivados masoquistas.

De este conjunto de elementos resulta una fijación en un masoquismo erótico caracterizado por el goce en la humillación, la vergüenza y la angustia.

Poder tolerar la angustia inherente a la formulación de interrogantes requiere de un nexo con la función paterna que puede resultar interferido por las particularidades del vínculo, que incluyen tanto la hostilidad envidiosa del hijo como la del padre sujeto a las vicisitudes de su propia historia libidinal. En este último caso el padre, para quién las diferencias generacionales anticipan su propia muerte, puede intentar desmentir la inevitabilidad de su destino a través de diversos caminos: forzando una situación de rivalidad, o generando, como es evidente en la historia de este paciente, un vacío tendiente a eludir toda confrontación. También puede ocurrir que tanto en el padre como en el hijo la hostilidad quede sofocada y trasmutada en angustia, del mismo modo que en ambos puede darse un encuentro en el pesimismo por la identificación del hijo con un padre con un duelo patológico.

Antonio recuerda a su padre, entregado al infortunio y al fracaso. Le dicen que de joven vivió todo tipo de aventuras, su pasión por las rencillas y el juego era una leyenda en la familia.

Nunca pudo entender *qué* lo hizo cambiar tanto. *-¿Por qué era tan sumiso, por qué nunca se enojó conmigo, por qué nunca tuvo nada que decir?-*

Desde esta perspectiva la imposibilidad de rivalizar con la figura paterna conduce a buscar refugio en la monotonía como modo de eludir la tensión generada por la aparición de un deseo. El encierro en la rutina cierra la formulación de preguntas y condena al yo a la angustia, el pesimismo y la indefensión ante el azar vuelto en contra.

Espacialidad familiar y contexto tóxico

La novela familiar de Antonio incluye: un clan materno con poderes chamánicos heredados de una abuela india, la pérdida de su lugar de origen, la desconfianza y el rechazo en el nuevo ámbito, la afirmación defensiva de lo propio, la venganza puesta en el padre como representante del colonizador, quien a la vez es víctima del repudio del grupo fraterno.

Esta constelación vincular produce efectos patógenos en el psiquismo en desarrollo de Antonio. La función paterna sostenida precariamente por un padre abúlico, en duelo patológico, condena a la sobreinvertidura de un superyo materno crecientemente eficaz en la medida que los interrogantes son soslayados y aceptadas ciertas hipótesis que llevan a huir de la realidad en lugar de impulsar al conocimiento. El deseo cognitivo queda empleado al servicio del desconocimiento, la pulsión epistemofílica se degrada al hambre de conocimiento.

La articulación de los componentes descriptos puede promover diferentes desenlaces según la defensa que los estructure: cuando la represión actúa acotadamente sobre los componentes edípicos, sus sustitutos permiten la llegada a la conciencia de deseos ambiciosos que pueden sostenerse a pesar de la angustia. A la vez las identificaciones secundarias que recaen sobre el yo *dan lugar* a los rasgos de carácter. Cuando la defensa se intensifica pasan a predominar los síntomas fóbicos.

Cuando del carácter se pasa a la formación caracteropática la combinación entre procesos defensivos normales y patológicos abre el camino para un movimiento regresivo pulsional, no solo al erotismo sádico oral sino también al intrasomático, el que suele requerir como complemento la regresión al erotismo anal primario (MALDAVSKY, 1996).

En estos casos la ensambladura defensiva cambia, incluyendo la reactivación de la desmentida y en ocasiones de la desestimación. La introversión libidinal da lugar a una retracción narcisista y los afectos acompañantes adquieren una intensidad avasallante, de la gama de las pasiones y alguno de ellos devora al resto. Como consecuencia de tal combinatoria se presenta una alternancia entre momentos de retracción y estallidos de violencia.

En lo que respecta a la combinatoria libidinal resultante, el erotismo fálico en sus dos formas queda subordinado al erotismo oral secundario y al intrasomático,

mientras que el sádico anal primario aparece proyectado en un sujeto del mundo.

Estos determinantes tienen su expresión en el ámbito interpersonal ya que las dificultades que experimentaba el paciente para desarrollar una autoafirmación hostil lo exponían a ubicarse como chivo expiatorio del sadismo ajeno.

Se crea así un vínculo de dependencia de un sujeto poderoso articulado con la sumisión a un superyo materno. En los momentos de identificación con el poderoso prevalece en una postura maníaca derivada de la desmentida de la función de auto observación del superyo.

Antonio describe la sucesión de éxitos de su empleador destacando a la vez su genio para obtener grandes sumas de dinero y su absoluto desprecio por la moral o la ley. Un mismo personaje que se reitera con diferentes rostros y en el que la idealización transforma el despotismo en garantía de supervivencia.

En el paciente la desestimación del sentir tiene momentos agudos en que el ataque contra sí mismo, en tanto sujeto del sentir, es irrefrenable, en esos casos la corriente psíquica desestimante avanza sobre la realidad y la instancia paterna, con la proyección en el mundo de un psicótico que ha abolido la relación con la ley y con el imperativo categórico superyoico que le impondría la preservación de la propia vida.

La regresión impuesta por la fijación a los traumas tempranos deja al aparato psíquico expuesto ante una defensa tan patógena como es la desestimación del sentir. Es así que los recursos más ricos de la estructura del paciente quedan debilitados, se reducen las posibilidades de producir enlaces libidinales y el horizonte de proyectos vitales se achica progresivamente.

Cuando los afectos retornan, al fracasar la defensa, se despliegan en forma automática sin constituirse en amago. El dolor es orgánico, y la aparición del sufrimiento psíquico es registrada como sopor y apatía.

Los duelos son reemplazados por la autocompasión, la sensualidad es aturdidora, y la furia enceguedora culmina en estallidos de angustia impotente (MALDAVSKY, 1995).

Las posibilidades del yo de desplegar una respuesta activa frente al dolor y las frustraciones de la vida cotidiana quedan reducidas a un acto de devoración solitario y violento en que el comer expresa el vínculo de amor-odio que reúne en un todo al objeto con el yo y cumple a la vez una función narcótica supresora del sentir. La ingesta representa el esfuerzo defensivo que se opone al registro en la conciencia de afectos insoportables. El acto incorporativo tiene el valor de un procedimiento autocalmante y la motricidad comprometida tiene la función de lograr el equilibrio de las tensiones internas. La alteración orgánica así producida suplanta a las acciones específicas destinadas a modificar el mundo de los objetos.

Finalmente, en el ritual de la comida queda expresada la repetición de una escena pasional que condensa la llamada ante una madre violentamente indiferente y la venganza suicida como destino de aniquilación supuesto en la mente materna.

- En lo único en que pienso todo el día es en volver a mi casa y comer y comer hasta caer dormido... no hay nada más-

Abstract: From the Freudian ideas (1928) on the Passion theme, this paper postulates that the passionate mode constitutes the prior psychic state to the development of a framework of an organic change. The origin of these frames is due to an excess of voluptuousness not downloadable in the ground of specific action or processable in terms of psychic link. The author develops possible outcomes that are in these processes of libidinal stagnation, like the toxic passion as named for Maldivsky (1992).

Keywords: Characteropathies. Disapproval. Foreclosure. Psychosomatic. Toxic pathologies.

Referencias

AULAGNIER, Piera. **Los destinos del pracer:** alienación, amor, pasión. Buenos Aires: Paidós, 1994.

FREUD, S. (1926). **Inhibición, síntoma y angustia.** v. 20. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992.

_____. (1928). **Dostoiesvki y el parricidio.** v. 21. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992.

MALDAVSKY, D. **Teoría y clínica de los procesos tóxicos.** Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

_____. **Pesadillas en vigilia, sobre neurosis tóxicas y traumáticas.** Buenos Aires: Amorrortu, 1995.

_____. **Linajes abúlicos.** Buenos Aires: Paidós, 1996.

Copyright © Psicanálise – Revista da SBPdePA
Revisão de espanhol: William Boenavides

NILDA NEVES
Virrey Avilés, 3564
CP. 1426 – Buenos Aires – Argentina
e-mail: nildaeneves@fibertel.com.ar